

Élisa Shua Dusapin

Un invierno en Sokcho

Traducción de Alicia Martorell

Alianza editorial

Llegó perdido en un abrigo de lana.

Dejó la maleta a mis pies, se quitó el gorro. Rasgos occidentales. Ojos oscuros. Peinado con raya a un lado. Su mirada me atravesó sin verme. Parecía molesto y me preguntó en inglés si se podía quedar unos días, hasta que encontrara otra cosa. Le di un formulario. Me tendió el pasaporte para que lo rellenara yo. Yan Kerrand, 1968, de Granville. Un francés. En la foto parecía más joven, con los rasgos menos hundidos. Señalé mi lápiz para que firmara, pero sacó una estilográfica del abrigo. Mientras registraba la entrada se quitó los guantes, los dejó en el mostrador, escudriñó el polvo, la estatuilla de un gato sobre el ordenador. Por primera vez, sentí la necesidad de explicarme. Yo no era responsable del estado decrepito de este sitio. Solo llevaba un mes trabajando allí.

Había dos edificios. En el primero, recepción, cocina, sala común, dos pisos de habitaciones todas en fila. Pasillos pintados de naranja y verde, bombillas azuladas. El viejo Park pertenecía a aquellos tiempos nada más acabar la guerra, cuando se pescaban clientes como si fueran calamares

hipnotizados por las guirnaldas parpadeantes. Cuando estaba en la cocina, en los días claros, veía la playa desplegarse hasta los montes Ulsan, hinchados apuntando al cielo como los senos de una matrona. El segundo edificio, a pocas calles del primero, había sido renovado de forma tradicional, sobre pilotes, para instalar más fácilmente la calefacción bajo el suelo y hacer habitables las dos estancias separadas por tabiques de papel. En el patio interior, una fuente helada, un castaño desnudo. Ninguna guía turística mencionaba el establecimiento del viejo Park. Los clientes llegaban por casualidad, porque habían bebido demasiado y perdido el último autobús.

El ordenador se quedó colgado. Mientras se reiniciaba jadeando, le di al francés información práctica sobre la pensión. En general, el viejo Park se ocupaba de ello. Aquel día estaba ausente. Desayuno de cinco a diez en la cocina, junto a la recepción, tras la puerta acristalada. Tostadas, mantequilla, mermelada, café, té, zumo de naranja y leche. Fruta y yogur, mil wones que había que dejar en la cesta, sobre el tostador. La ropa sucia, en la lavadora del fondo del pasillo, en la planta baja, yo me encargaba de lavar. Contraseña de la wifi: «ilovesokcho», todo junto, sin mayúsculas. El supermercado abría las veinticuatro horas, a cincuenta metros calle abajo. El autobús, a la izquierda, pasado el supermercado. Reserva natural de Seoraksan, a una hora de viaje, abierta hasta la puesta del sol. Usar calzado bueno, a causa de la nieve. Sokcho, vacaciones en la playa. Aviso, no hay muchas cosas que hacer en invierno.

En aquella época había pocos clientes. Un alpinista japonés y una chica más o menos de mi edad, que se había escapado de la capital para recuperarse de una operación de cirugía estética en la cara. Llevaba allí dos semanas, su amigo acababa de llegar y se quedaría diez días. Los había alojado a todos en el edificio principal. Desde el fallecimiento de la mujer de Park, el año pasado, la pensión funcionaba a medio gas. Park había vaciado las habitaciones de la primera planta. Contando la mía y la de Park, todas estaban ocupadas. El francés dormiría en el anexo.

Era de noche. Nos metimos por una calleja hasta el puesto de la señora Kim. Sus albóndigas de cerdo olían a una mezcla de ajo y efluvios de albañal, que vomitaba una alcantarilla tres metros más allá. Las placas de hielo se resquebrajaban bajo nuestro peso. Luces fluorescentes mortecinas. Tras cruzar otra calleja, llegamos al pórtico.

Kerrand abrió la puerta corredera. Pintura rosa, espejo de plástico de estilo barroco de imitación, mesa de trabajo, manta violeta. Rozaba el techo con el pelo, la habitación no podía tener más de dos pasos desde la pared a la cama. Le había asignado la habitación más pequeña para tener que limpiar menos. El cuarto de baño común estaba al otro lado del patio, pero había un tejadillo que recorría toda la casa, para no mojarse. De todas formas, no le importaba. Escrutó las imperfecciones del papel pintado, dejó la maleta, me dio cinco mil wones, que le quise devolver. Insistió con tono cansado.

De vuelta a la recepción, me pasé por el mercado de pescado, para recoger los restos que me reservaba mi madre.

Crucé las calles hasta el puesto cuarenta y dos, sin prestar atención a las miradas que se alzaban a mi paso. Veintitrés años después de que mi padre sedujera a mi madre y se marchará sin dejar rastro, mi sangre francesa alimentaba el chismorro.

Mi madre, demasiado maquillada, como siempre, me tendió una bolsa de bebés pulpo.

—Es lo único que tengo ahora mismo. ¿Te queda pasta de pimienta?

—Sí.

—Te voy a dar un poco.

—No hace falta, tengo todavía.

—¿Y por qué no la utilizas?

—¡Sí que la utilizo!

Con un ruido de succión se puso los guantes de goma amarillos y me miró fijamente, como si desconfiara: había adelgazado. El viejo Park no me dejaba tiempo para comer, hablaría con él. Protesté. Desde que trabajaba, cada mañana comía tostadas y litros de café con leche, seguro que no había adelgazado. El viejo Park había tardado un poco en acostumbrarse a mi cocina, pero me dejaba libertad para las comidas de la pensión.

Los pulpos eran minúsculos. Cabía una docena en cada puñado. Elegí los mejores, los caramelicé con chalotas, salsa de soja, azúcar y pasta de pimienta diluida en agua. Bajé el fuego para que no se secan. Cuando la salsa espesó, añadí sésamo y pasta de arroz glutinoso, el *tteok*, en rodajas del tamaño del pulgar. Me puse a cortar zanahorias. En su

reflejo sobre la hoja, las tiras vegetales se parecían curiosamente a la carne de mis dedos.

Una corriente de aire enfrió la habitación. Cuando me di la vuelta, vi entrar a Kerrand. Quería un vaso de agua. Bebió mientras miraba el mostrador, como quien mira un cuadro sin comprenderlo. Desconcentrada, me corté la palma de la mano. La sangre salpicó las zanahorias y se endureció como una costra parda. Kerrand sacó un pañuelo del bolsillo. Se acercó para aplicármelo en la herida.

—Hay que tener cuidado.

—No lo he hecho a propósito.

—Menos mal...

Sonrió, presionando su mano contra la mía. Me aparté, incómoda. Señaló la sartén.

—¿Es para la noche?

—Sí, a las diecinueve horas, en la sala de ahí al lado.

—Hay sangre.

Evidencia, asco, ironía. No comprendí la naturaleza de su tono. Cuando miré, se había marchado.

No ha venido a comer.

Acuclillada en la cocina, con la barbilla hundida en el cuello, mi madre tenía los brazos metidos en un cubo. Mezclaba hígado de pescado, puerro y batata rallada para hacer el relleno de las sepias. Su sepia rellena tenía fama de ser una de las mejores de la ciudad.

—Mira cómo lo amaso. Para que el relleno se distribuya bien.

Apenas escuchaba. El jugo salpicaba fuera del cubo, formaba charcos alrededor de las botas, antes de irse por el desagüe del centro de la habitación. Mi madre vivía en el puerto, en un piso que cedían a los pescaderos, sobre los hangares de descarga. Ruidoso. Barato. El de mi infancia. Iba a verla el domingo por la noche y me quedaba hasta el lunes, que era mi día libre. Desde que me había marchado le costaba dormir sola.

Mi madre me dio una sepia para que la rellenase, posó el guante manchado de hígado sobre mis caderas y suspiró:

—Una mujer tan guapa y sin casar...

—Primero Jun-Oh tiene que encontrar trabajo. Hay tiempo.

—Siempre creemos que hay tiempo.

—Ni siquiera tengo veinticinco años.

—Pues eso.

Le prometí que concretaríamos el noviazgo, solo era cuestión de meses. Mi madre siguió trabajando, más tranquila.

Aquella noche, entre las sábanas húmedas, aplastada por su cabeza sobre mi vientre, sentía cómo su pecho subía y bajaba al ritmo de su cuerpo dormido. Me había acostumbrado a dormir sola en la pensión. Ahora los ronquidos de mi madre me molestaban. Contaba las gotas de saliva que se escapaban una a una de sus labios entreabiertos para caer sobre mi flanco.

Al día siguiente me fui a caminar por la playa de Sokcho. Me gustaba este litoral, a pesar del alambre electricado que lo desgarraba. Corea del Norte solo estaba a sesenta kilómetros, al norte. Una silueta erosionada por el viento se recortó hacia el fondeadero en obras. Pensé en el nombre en el pasaporte. Yan Kerrand. Avanzaba en mi dirección. Un perro surgió de un montón de redes y se puso a seguirlo, olfateando su pantalón. Un obrero lo llamó. Kerrand se detuvo para acariciarlo, le dijo algo así como «*that's ok!*», pero el hombre ató al animal y Kerrand se puso a pasear de nuevo.

Cuando llegó a mi altura, caminé a su lado.

—Es muy hermoso este paisaje invernal —gritó contra el viento, señalando la playa con un gesto del brazo.

Seguro que mentía, pero sonreí. Hacia el embarcadero, los cargueros lanzaban gritos de metal.

—¿Hace mucho que trabaja aquí?

—Desde que terminé mis estudios.

Un golpe de viento le quitó el gorro.

—¿Puede hablar más fuerte? —me preguntó, sujetándolo contra las orejas.

Ahora solo veía una franja muy fina de su rostro. En lugar de levantar la voz me acerqué a él. Me preguntó qué había estudiado. Literatura coreana y francesa.

—Entonces habla francés...

—No mucho.

En realidad, mi francés era mejor que el inglés que hablábamos entre nosotros, pero estaba intimidada. Felizmente, se contentó con inclinar la cabeza. Iba a contarle lo de mi padre, pero me contuve. No tenía por qué saberlo.

—¿Sabe dónde puedo encontrar tinta y papel?

La papelería de Sokcho estaba cerrada en enero. Le indiqué el camino para ir al supermercado más próximo.

—¿Me acompaña?

—No tengo mucho tiempo...

Sus ojos me escrutaban bajo las cejas.

Acepté.

Pasamos por una explanada de hormigón. En el centro, una torre panorámica de la que brotaban los gemidos de un cantante de K-pop. En la ciudad, los encargados de los restaurantes, con botas amarillas y gorras verdes, gesticulaban delante de los acuarios para atraernos. Kerrand caminaba por las calles de Sokcho como si no le importasen los canchales o las ventosas pegadas a los cristales.

—¿Qué viene a hacer en Sokcho en invierno?

—Necesito tranquilidad.

—Pues ha elegido la ciudad adecuada —dije riéndome.

Ni se inmutó. Quizá lo aburría. No importa, pensé, no tenía por qué sentirme culpable de su mal humor ni por

qué llenar sus silencios. Me había pedido un favor, no le debía nada. Un perro de pelo ralo se arrastró hacia él.

—Cae bien a los perros.

Kerrand lo apartó con cuidado.

—Porque hace una semana que llevo la misma ropa. Huele tan mal como ellos.

—Ya le he dicho que lavamos ropa...

—No quería que me manchara la ropa de sangre.

Si era una broma, no la entendía. Me parecía que olía bien. Una mezcla de jengibre y de incienso.

En el Lotte Mart eligió una pluma, le dio vueltas y vueltas, la volvió a dejar, luego rasgó el embalaje de los cuadernos para olfatearlos. Comprobé que no había ninguna cámara apuntando hacia nosotros. Kerrand acarició los distintos tipos de papel. Parecía gustarle el más rugoso. Lo estrujó, se lo acercó a la boca y, con la punta de la lengua, probó el extremo de una hoja. Satisfecho, se fue a otra sección. Escondí detrás de las carpetas los cuadernos que había desembalado. Cuando me reuní con él, no había encontrado lo que buscaba. Tinteros, pero no cartuchos. Recurrí al cajero, que me trajo dos tipos de cartuchos del almacén. Unos venían de Japón y otros de Corea. Kerrand rechazó la tinta japonesa, se secaba enseguida, quería probar la coreana. No era posible. Kerrand levantó la cabeza. Repitió que la quería probar. El cajero se enfadó. Insistí en coreano hasta que cedió. Kerrand trazó unas líneas en un cuaderno de dibujo que llevaba en el abrigo. Acabó comprando la tinta japonesa.

Éramos los únicos en la parada del autobús.

—Así que es francés.

—De Normandía.

Asentí mostrando comprensión.

—¿La conoce? —preguntó.

—He leído a Maupassant...

Se volvió hacia mí.

—¿Y qué le parece?

Reflexioné un momento.

—Bonita. Un poco triste.

—Mi Normandía ya no es la de Maupassant.

—Quizá. Pero es como Sokcho.

Kerrand no contestó. Nunca conocería Sokcho como yo. Era imposible conocerla sin haber nacido allí, sin pasar allí el invierno, los olores, el pulpo. La soledad.

—¿Lee mucho? —me preguntó.

—Sí, antes de estudiar. Antes leía con el corazón. Ahora leo con el cerebro.

Asintió con la cabeza, apretó el paquete con las manos.

—¿Y usted?

—¿Si leo?

—A qué se dedica.

—Hago novela gráfica.

Usó la palabra «cómic», que en su boca sonaba falsa. Me imaginé ferias y colas de lectores. Quizá fuera famoso. Yo no leía novela gráfica.

—¿Y su historia tiene lugar aquí?

—Todavía no lo sé. Quizá.

—¿Está de vacaciones?

—En mi trabajo nunca tenemos vacaciones.

Se subió al autobús. Nos sentamos cada uno en una ventanilla, a ambos lados del pasillo. La luz había bajado. Kerrand se reflejaba en el cristal, con el paquete sobre las rodillas. Había cerrado los ojos. Su nariz sobresalía como una escuadra. De sus labios estrechos nacía un delta de líneas que se convertirían en arrugas. Se había afeitado. Cuando subí hasta sus ojos, me di cuenta de que él también me miraba en el reflejo del cristal. Con la misma mirada que tenía al llegar a la pensión, afable, pero aburrida. Agaché la cabeza. El altavoz anunció nuestra parada. Antes de tomar la calleja del anexo, Kerrand me rozó el hombro:

—Gracias por esta tarde.

Esa noche tampoco vino a cenar. Envalentonada por el paseo, le llevé una bandeja menos picante que para el resto de los huéspedes.

Su silueta, encorvada en el borde de la cama, se recortaba a contraluz sobre el tabique de papel. La puerta no estaba cerrada del todo. Pegando la mejilla contra el marco, vi cómo su mano corría sobre un papel. Tenía un cartón sobre las rodillas. Entre sus dedos, el lápiz buscaba su camino, avanzaba, retrocedía, dudaba, seguía buscando. La mina todavía no había tocado el papel. Cuando Kerrand empezó a dibujar, su trazo era irregular. Volvía una y otra vez sobre las mismas líneas, como para borrarlas, corregirlas, pero con cada presión las grababa más profundamente. El motivo era irreconocible. Unas ramas, un montón de chatarra, quizá. Acabé reconociendo el esbozo de un ojo. Un ojo negro bajo un cabello enmarañado. El lápiz siguió su cami-

no hasta que apareció una figura femenina. Unos ojos demasiado grandes, una boca minúscula. Era hermosa, hubiera debido detenerse ahí. Pero siguió repasando las líneas, torciendo poco a poco los labios, deformando la barbilla, perforando la mirada, sustituyó el lápiz por una plumilla y tinta para cubrir el papel con lenta determinación, hasta que la mujer se convirtió en una pasta negra, deforme. La dejó sobre la mesa. La tinta chorreaba hasta el suelo. Una araña se puso a correr por su pierna. No se la quitó. Contemplaba su obra. Con gesto maquinal, rasgó una esquina del papel. Se puso a masticarlo.

Tuve miedo de que me sorprendiera. En silencio, dejé la bandeja y me marché.